Hay un hombre en mi ventana

Jonathan Molina

La Tinta Del Silencio

Editorial La Tinta del Silencio
Ciudad de México, 2019

Hay un hombre en mi ventana
Colección La nave insólita, número 13
Primera edición, noviembre 2019
Ciudad de México

Edición: Anaïs Blues y Luis Flores Ramos
Diseño de colección y portada: Víctor Mendoza
Corrección de estilo: Gabriela López Cortés

D.R.©Jonathan Molina
D.R.© La Tinta del Silencio

latintadelsilencio@gmail.com
www.latintadelsilencio.com
@Latintadelsilencio

ISBN: 978-607-98622-2-0

Derechos reservados. Se puede difundir de manera parcial esta obra sin fines de lucro, con el consentimiento de su autor y editores.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Con todo mi amor, para Lu y Elisa.

Índice

9 *Presentación*
Rogelio Vega

15 Bienvenido al Hotel de la Mora
21 Desde la azotea del Hotel
27 Habitación 723: El visitante
37 Habitación 641: ¡Diles que no estoy!
43 Habitación 521: Hay un hombre en mi ventana
49 Habitación 405: Ángela
59 Habitación 333: ¿Quién eres?
63 Habitación 201: Miguelito
75 Habitación 154: Una cinta olvidada
85 Habitación 100: Buenas noches, papá

89 *El autor*

"Tras cada hombre viviente se encuentran treinta fantasmas, pues tal es la proporción numérica con que los muertos superan a los vivos. Desde el alba de los tiempos, aproximadamente cien mil millones de seres humanos han transitado por el planeta Tierra. Y es en verdad un número interesante, pues por curiosa coincidencia hay aproximadamente cien mil millones de estrellas en nuestro universo local, la Vía Láctea. Así, por cada hombre que jamás ha vivido, luce una estrella en ese Universo."

Arthur C. Clark. 2001: Una odisea espacial.

Bienvenido al Hotel de la Mora

Es de noche. Te encuentras al pie de un camino iluminado por luces tímidas que conduce hacia la puerta de cristal. Es la entrada a uno de esos edificios que son producto de una mezcla, forzosa y extraña, de antigüedad y modernidad.

Avanzas, te acercas y la puerta se abre por sí misma. Entras, observas: el decorado es rico y basto. Los muros están cubiertos de tapicerías y de ellos penden pinturas atrapadas en marcos de plata con figuras indefinidas que representan el pasado, el presente y el futuro del lugar. El piso de mármol es de color crema, te ciega. Frotas tus ojos. Miras hacia la izquierda y hay un par de escaleras eléctricas por las que sube y baja gente que conversa entre sí, distraída, relajada, feliz; a la derecha, un largo pasillo que se pierde en el infinito; arriba, un enorme candelabro pende hacia el vacío, sobre tu cabeza; en frente, la recepción y una chica: Ángela. Sobre el mostrador hay cinco teléfonos rojos.

Dudas, pero te acercas. Ella te sonríe y le respondes. Te registras y recibes la tarjeta de la habitación. Te dice que no hay que pagar, sino hasta que termine tu estancia. Para ti es extraño, pero aceptas. Toca una campanilla y un hombre de edad avanzada, se acerca, te invita a seguirlo. Es el anfitrión del Hotel y te guiará hasta el lugar donde descansarás.

Caminan y pasan frente a una puerta custodiada por sendos reconocimientos, algunos nacionales y otros

internacionales: La cocina de la Abuela, restaurante de alta especialidad. Se detienen frente al ascensor. Él presiona el botón. Esperan. Entran y suben seis pisos.

Salen. Avanzan por un pasillo estrecho hasta que llegan a su destino. Te desea buen reposo. Le ofreces una propina, pero la rechaza.

Deslizas la tarjeta y entras. Hay una cama, televisor, aire acondicionado, baño y regadera. Te sirves un vaso con agua y la escupes, tiene un sabor rancio y huele a huevo podrido. Intuyes que es un mal augurio y piensas que hubiese sido mejor optar por la opción B, pero recuerdas las miles de reseñas positivas que leíste del lugar y, en especial, de La Cocina de la Abuela. Te resignas.

Comienzas a instalarte y observas una pintura más donde hay una anciana en estado apoteósico mirando hacia el horizonte y al fondo, con todo su esplendor, el Hotel. No eres experto en arte, pero notas que los trazos son finos, muy profundos, y denotan que la mano que la elaboró posee gran técnica.

De pronto, te estremeces. Y no es porque hayas notado que el estilo no corresponde con el de las demás obras que viste en tu camino hacia la habitación, ni por su delicada ejecución, ni mucho menos por la excepcional belleza de la mujer. No. Lo que te impresiona es que su cabeza parece viva. ¡Viva!

Sorprendido, mantienes los ojos abiertos de par en par, fijos en ella. La viste mover, crees escuchar su respiración. Te mantienes alerta largo rato hasta que tu vista se cansa. Parpadeas dos veces.

Sujetas el celular y abres la aplicación de la cámara. Enfocas la pintura, el detector de rostros se coloca, de inmediato, en la cabeza. Presionas en la pantalla y capturas la imagen.

¡Se mueve!

Consternado, subes la fotografía a Internet. Quieres conocer más sobre la anciana y la obra. Nada. Buscas un poco más hasta que encuentras una página desactualizada que parece encontró su vida en los primeros inicios de la red.

La lees:

> Vine a Nürt-Ürkt, un poblado que se ubica en la latitud N 25° 0' 0" y en la longitud W 71° 0' 0", porque recibí un mensaje anónimo en el que me informaron que los ancianos de este lugar están desapareciendo misteriosamente.
>
> Busqué información oficial que me permitiera contar con elementos sólidos y me confirmara que el comunicado no se trataba de alguna farsa o de una especie de extorsión.
>
> Mi pesquisa arrojó buenos resultados. Por ejemplo, encontré un estudio que realizó el Instituto para la Vejez local con indicadores que muestran una tendencia inusual de ese grupo etario hacia la baja. El censo indica que la población pasó de 22.8 por ciento a 10.8. Esto significa que, de continuar decreciendo a ese ritmo, en un par de años los viejos dejarán de existir.
>
> Intrigado, me comuniqué con las autoridades y me informaron que las organizaciones de la sociedad civil y el gobierno nürt-ürktense han hecho esfuerzos conjuntos

para preservar la vida del adulto mayor sin obtener resultados positivos: se esfuman sin razón aparente.

Así que era momento de profundizar. Uno de mis contactos me llevó con otro, quien a su vez me contactó con uno más y así sucesivamente, hasta que llegué con un alto funcionario, cuyo nombre no revelaré, que se ofreció a proporcionarme información (a cambio de otra) si me trasladaba hasta acá para conversar personalmente con él.

Nos reunimos en el Hotel de la Mora y charlamos largo rato.

Me comentó que la mayoría de los políticos de Nürt-Ürkt consideró nostálgico observar por las calles a cientos de longevos abandonados por sus familiares y mendigando por algunas monedas o por alimento.

A su parecer, esta imagen era un problema de salud pública y, además, perjudicial para el turismo que creció favorable a partir de la edificación del Hotel de la Mora sobre una mansión olvidada. «¿Qué turista querría ver a un ejército de nonagenarios, con su paso lento y su piel arrugada, pidiendo limosna?», me preguntó.

Con el problema en mente, se integró un grupo de asesores, formados en las mejores Universidades del mundo, que se dio a la tarea de buscar un método eficaz, eficiente y efectivo para resolver la situación. Trabajaron arduo hasta que dieron con una solución que, a mi parecer, es digna de encomio por encontrarse llena de justicia, razón y humanidad: consideraron viable mantener, alrededor de un año, o un par a lo mucho, a los ancianos en alguna Casa de Retiro. Por su edad avanzada, no podían emplearlos como mano de obra, pues serían ineficaces y ello se traduciría en pérdidas para cualquier empleador, pero sí podrían ocuparlos de tal suerte que, en lugar de ser una carga,

se constituyeran en pieza fundamental para el desarrollo de Nürt-Ürkt.

Mi informante anónimo me aseguró que la carne de anciano es un alimento delicioso y con un sin fin de propiedades nutricionales (muchísimas más que las que contiene la porcina o la vacuna que hoy en día están saturadas de hormonas perjudiciales para la salud), que puede emplearse para una entrada, para el plato principal o un delicioso postre. «Es como el vino: entre más vieja, mejor», aseguró.

También me comentó que no solo se aprovecha la carne, sino todas y cada una de las partes del cuerpo. La piel, por flácida y marchita que se encuentre, se manipula para elaborar objetos para el hogar (lámparas, sillones, cobijas para el invierno, etc.) que son cotizados con alto valor comercial; y la grasa se destina para la fabricación artesanal de perfumes, jabones y demás productos de belleza.

Para conservar el equilibrio poblacional, determinaron que alrededor del 35% de quienes ingresaran a la Casa de Retiro (considerando, desde luego, su historia de vida), fuera preparado para consumo humano y comercial, alimentado con bastante proteína y además evitando que se mueva para que la carne sea lo más suave posible. El 65% restante se deja que desaparezca de manera natural. «¡Es el ciclo de la vida!».

Este manjar, concluye el relato mi nuevo amigo, fue el principal detonante del turismo en Nürt-Ürkt ya que atrajo a personas que pagaron altas cantidades de dinero por considerarlo un platillo prohibido en todo el mundo.

Después, como es natural, pasó la moda y quedó olvidado hasta que los dueños del Hotel de la Mora compraron la Casa de Retiro y abrieron su famoso

restaurante, La cocina de la Abuela, donde guardan con gran recelo sus recetas especiales.

Este es mi reporte. Me retiro porque es momento de degustar un grueso filete, cocido al toque, que me han servido en el Hotel.

Buen provecho.